

dad de general romano ocupó á Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el país desde Marsella hasta el Océano. Sin embargo, los godos no talaron ménos las campiñas como aliados que como enemigos, unas veces bajo pretexto de rebeliones, otros por indisciplina; eran gentes que durante su larga residencia en el imperio habían contraído vicios, no costumbres cultas.

Ataulfo se había enamorado de Galla Placidia, hija de Tedosio, y de Galla, que, nacida en la púrpura, había querido tomar parte en los acontecimientos políticos, cuando sus hermanos indolentes los abandonaban al acaso. Hallábase dentro de Roma cuando llegó á asediaria. Alarico por la vez primera, y por ligereza ó crueldad, no se opuso al suplicio de Serena, su prima. Hecha prisionera por los godos, fué tratada con miramiento y blandura, lo cual debió tal vez á la proteccion de Ataulfo, quien no tardó en prendarse de ella. Al solicitar su mano, los ministros de Honorio le disuadieron de la idea de asentir á tan desigual casamiento, si bien Placidia pensó de distinta manera, y el matrimonio fué concluido antes de que los godos traspusieran los Alpes; después se celebró solemnemente en Narbona, en la mansión de Ingenuo, galde ilustre nobleza. Vestida Placidia de emperatriz, tomó asiento sobre un espléndido trono; y más abajo, aunque cerca de ella, Ataulfo con traje á la romana; fueron el regalo nupcial los despojos del imperio. Cincuenta mancebos de esplendente hermosura llevaron cada uno de ellos dos bandejas recargadas una de monedas de oro, y otra de piedras preciosas. El coro, que entonaba los himnos en honor de los dos esposos, era dirigido por Atalo, aquel emperador destronado, el cual no se había desdenado de convertirse en cortesano del rey de los godos.

A pesar de todas las vicisitudes, aún se pensaba en Italia en aplicar remedio á llagas que por lo recientes manaban sangre; Campania, Etruria, Piceno, Samnio, la Pulla, la Calabria, el Brucio, la Lucania, que habían padecido más en aquel duro trance, fueron eximidas del impuesto, salvo un quinto para el servicio de postas. Las tierras vacantes fueron concedidas á los propietarios vecinos ó á forasteros con exencion de contribuciones, y asegurándolos contra toda demanda que pudieran

promover sus antiguos poseedores. Se echó un velo sobre las faltas cometidas durante las últimas turbulencias, y se mostró empeño en proporcionar algun alivio á la antigua capital del mundo, donde abundaron viveres procedentes de Africa. Tornaron en tropel al seno de aquellos muros sus moradores, hasta tal extremo que llegaron no ménos de catorce mil en un sólo día.

Pero ¿cómo era posible lisonjearse de una mejora duradera en medio de tan inminentes peligros? Violando el conde Heracrio la fé que había conservado constantemente á través de las circunstancias más críticas, hizo que se sublevara Africa; no contento con detener la exportacion de trigos para Italia, botó al mar una escuadra, desembarcó en la embocadura del Tiber y se dirigió sobre Roma. Pero fué derrotado por las tropas imperiales que se adelantaron á su encuentro, y huyó hácia Africa, donde cayó prisionero y se le cortó la cabeza.

Redundó esta victoria en honor de Constancio, quien gobernaba á su vez á Honorio después de la muerte de Allobico. Este ilirio, gallardo y robusto, como cumple serlo para agradar á la muchedumbre, sabía granjearse su afecto por la afabilidad de sus modales y el ingenio de sus agudezas. Su valor y su habilidad eran tales, que mientras conservó la direccion de los negocios, no sólo estuvo Italia al abrigo de nuevas invasiones, sino que puso nuevamente bajo la dominacion imperial á muchas provincias.

Ante todo atacó las Galias (405). El emperador Constantino, que poseía allí la pequeña parte que habían dejado intacta los bárbaros, no había pensado en libertar á aquel territorio de los vándalos, de los suevos, de los alanos y de otras hordas procedentes del otro lado del Rin, sino solamente en unirse unas veces á éstos y otras á aquéllos para resistir á Honorio. Constante, su hijo, sometió fácilmente la España, que dejó tranquila entre las montañas y el mar, al conde Geroncio, revestido con el título de gobernador. Pero éste tardó muy poco en sublevarse y confirió la púrpura á un tal Máximo (409), lo cual trajo consigo la guerra. Mientras se peleaba allí con encarnizamiento, los suevos, los alanos y los vándalos comenzaron á ejercer estragos en la Galia; llamados

posteriormente por Geroncio ó acosados por su propia codicia, salvaron los Pirineos, expulsaron á Constante y se repartieron el país y las florecientes ciudades de Mérida, Córdoba, Sevilla, Tarragona (Octubre). Además invadieron la península, sacando las provincias por suerte. Tocó la Galicia á los suevos, Portugal y Cartagena á los alanos; á los silingos, tribu vándala, la Bética, que tomó de ellos el nombre de Vandalusia. Sometiéronse muchos indígenas después de haber recibido sobre los Santos Evangelios el juramento de que serian bien tratados, y la dominacion bárbara pareció á los españoles una ventura, tras la sábia opresion de los magistrados romanos.

Constantino llamó, para combatir á Geroncio, á los alemanes y á los francos; pero antes de que tuvieran espacio de llegar en contra suya, Geroncio había derrotado y muerto á Constante y asediaba á su padre en Arlés. A este tiempo sobrevino de Italia Constancio, ministro de Honorio, igualmente enemigo de ambos usurpadores. Abandonado Geroncio por sus soldados, se vió en la absoluta necesidad de apelar á la fuga. Acometido con un escaso número de esclavos dentro de su casa y rodeado de llamas, mató á Nonichia, su esposa, la cual le aconsejó que se sustrajera de este modo al furor del enemigo, y en seguida se dió muerte con su propia mano. Habiendo conseguido Máximo escapar de tamaño peligro, fué después restablecido en el trono por los nuevos invasores de la España, y entregado luego á Honorio, quien mandó que fuera degollado, no sin ofrecerle antes en espectáculo á Rávena y á Roma (411). Cogido también prisionero Constantino en Arlés, fué enviado á Italia y sentenciado á muerte, aunque creyó hacer sagrada su persona ordenándose de sacerdote.

Temeroso el ejército de los francos y de los alemanes, quienes acudían para secundarle, que todos los esfuerzos del enemigo se tornaran en contra suya, revistió con la púrpura en Metz al galo Jabino (Setiembre de 411), quien al punto salió á campaña con cuantas fuerzas le fué posible reunir de pronto. Constancio emprendió la retirada; pero Ataulfo, que volvía entonces de Italia (413), tuvo la fortuna de enviar la cabeza del nuevo usurpador á su cuñado.

Después de haber vivido Atalo innoblemente

en el campamento de los godos, abandonado por Ataulfo, fué llevado á presencia de Honorio, quien le expuso al público, para que en su capital fuera objeto de risa, mandándole cortar los dedos antes de desterrarle á Lipari (413). De esta manera Honorio, tan desprovisto de la lozania y robustez del cuerpo como de las luces del espíritu, triunfó en el trascurso de cinco años de otros tantos competidores. Cuando debía mostrarse agradecido con Ataulfo y cultivar su amistad, le provocó malamente exigiendo que le restituyera la persona de Placidia. Impelióle á seguir esta incalificable conducta Constancio, que aspiraba á la mano de aquella princesa, con el pensamiento de adquirir un título á consecuencia de semejante boda para encumbrarse al trono. Ataulfo rompió al fin con el imperio, y habiendo tomado Constancio la precaucion de asegurarse á retaguardia celebrando la paz con los bárbaros procedentes de la orilla izquierda del Rin, consagró todos sus afanes á estrechar vivamente á los godos. Entonces se lanzó Ataulfo al otro lado de los Pirineos, y se apoderó de la ciudad de Barcelona; pero tuvo el acerbo dolor de perder allí un hijo; con posterioridad un hermano de Saro, enemigo personal suyo, llamado Singerico, á quien había acogido á su lado á impulsos de una generosidad imprudente, le hirió con asesino hierro (415).

Su matador le sucedió en el mando, y degolló á los seis hijos de Ataulfo, arrancándolos inhumanamente de los brazos del obispo Sigisario. Vióse obligada la soberbia Placidia á andar á pié doce millas en medio de una turba de mujeres esclavas, delante del caballo del asesino de su esposo; pero después de siete días de dominacion fué á su vez degollado y sustituido por Valia, que enemigo declarado de los romanos, recorrió hasta el mar la España. Allí asaltó su mente el proyecto de Alarico de trasladarse á Africa con toda su hueste, si bien le apartaron de este designio las tempestades y los naufragios. Decidióse, pues, á entablar negociaciones con Constancio (416), comprometiéndose á entregarle Placidia, á combatir en favor de Honorio á los bárbaros de España, y á dar rehenes á condicion de obtener en cambio seiscientos mil fanegas de trigo, y un territorio donde pudieran establecerse sus guerreros.

Walia atacó en la Bética á los silingos, ex-terminándolos totalmente, y restituyó el país á los romanos, no sin entregarles tambien al rey vencido. Redujo á los alanos de la Lusitania á tan extremado apuro, que hubieron de retirarse á Galicia, donde se mezclaron con los vándalos y con los suevos. Honorio triunfó en virtud de estas victorias en el Capitolio, y Walia recibió de orden suya la Aquitania con Tolosa, para que fijara allí su residencia (419). Pero este jefe murió en el curso de aquel mismo año, y tuvo por sucesor á Teodorico, hijo tal vez de Alarico, el cual consolidó y ensanchó considerablemente el poder de los visogodos.

Hacia esta época se establecieron en la Galia los francos y los burgundos. Honorio concedió á éstos la Primera Germania, desde cuyo punto se extendieron poco á poco por el hermoso país, que tomó de ellos el nombre de Borgoña. Convertidos al cristianismo no tardaron en prosperar, especialmente á contar desde el instante en que el rey Gondicario logró formar un sólo pueblo de sus difentes tribus. Imitáronles los francos despues de haber combatido á los enemigos de Roma, y habiendo saqueado primero á Tréveris sin obstáculo alguno, ocuparon lentamente desde esta capital de la Galia toda la Segunda Germania. Al instalarse estos feroces guerreros en las tierras de una nacion que perdía su nombre como pueblo, extinguieron la prosperidad primitiva del territorio, aún cuando no tomaran más que el título de huéspedes, y reconocieron ser deudores de fidelidad al emperador de Occidente, de quien eran delegados sus reyes.

Habiendo quedado desguarnecida de tropas la isla de Bretaña cuando el usurpador Constantino se trasladó con todas sus fuerzas al Continente, los pictos y los caledonios se lanzaron fuera de la aspereza de sus montañas, y devastaron lo interior del país, al mismo tiempo que los piratas sajones y los libernios desolaban las costas. En su consecuencia, enviaron los bretones súplicas á Honorio, á fin de que les permitiera defenderse con sus propios recursos, lo cual les otorgó, encomendándoles que proveyeran á la salvacion de la patria. Su ejemplo fué imitado (420) por los armoricanos, pueblo que ocupaba en la Galia el territorio situado entre el Loira, el mar y el Sena; expulsaron de

allí las guarniciones y los exactores, y luego se gobernaron por sí mismos. Despues de haber domeñado Constancio á los usurpadores, pudo momentáneamente sujetar de nuevo á la servil coyunda á los armoricanos; pero inconstantes como eran, y enemigos de todo yugo, no tardaron en sacudirlo cual antes lo habian hecho. Desde entonces ya no fué incorporada la Armórica al dominio de los romanos; gobernada por el clero, por la nobleza y por las autoridades municipales, negoció en calidad de provincia independiente.

De este modo iba cayendo pedazo á pedazo el coloso de Roma. Habíanse abandonado las cinco provincias de Bretaña; de siete sólo quedaban tres en España, y aún habia que contar muy poco con ellas. De las diez y siete provincias de la Galia, una se habia declarado independiente, tres estaban ocupadas por los visogodos, otras tantas por los francos y sus aliados; la Primera Germania y una parte de la gran Secuanense habian sido invadidas por los alemanes y por los borgoñones. Para conservar el resto, osó Honorio introducir en el gobierno del país apariencias de libertad. Ordenó á la Aquitania y á la Narbonense que convocaran anualmente una asamblea en Arlés, desde el 15 de Agosto hasta el 13 de Setiembre, compuesta del prefecto del pretorio en las Galias, de los gobernadores de las siete provincias, de los magistrados, quizá de los obispos de cerca de sesenta ciudades, y de un número indeterminado de ciudadanos, para la interpretacion y la promulgacion de las leyes; especie de representacion nacional desconocida en el imperio, y que hubiera bastado á regenerarlo, si hubiera sido instituida en tiempo más oportuno y de una manera ménos ilusoria. Pero del asombro experimentado por Honorio al ver cuán poco cuidadosas se mostraban aquellas provincias en virtud de tan precioso privilegio, sólo participarán los que no saben hasta qué punto son vanas é insultantes las formas de la libertad bajo gobiernos arbitrarios.

De vuelta Constancio en Italia por este tiempo, se ocupaba activamente en realizar sus deseos, no de cariño, sino de ambicion, solicitando la mano de Placidia, de que al cabo fué dueño (1.º de Enero de 417); ella obedecia en este acto la orden expresa de Honorio, el cual

confririó, tanto á ella como á su esposo, el título de Augusto (8 de Febrero de 421). Sin embargo, cuando sus imágenes fueron enviadas á Constantinopla (Setiembre), Teodosio el Joven no se dignó admitirlas, y se habia hecho inminente la guerra cuando exhaló Constancio el último aliento en medio de sus preparativos militares.

Tan luego como hubo terminado la existencia del que por espacio de once años habia sostenido la debilidad de Honorio, empezaron de nuevo á agitarse numerosas intrigas en el seno de la córte. Placidia, á quien profesaba su hermano una amistad tan vehemente que la malignidad hallaba en ella asunto de severa censura, fué mal servida cerca de él por envidiosos que al fin consiguieron trasformar aquel acendrado cariño en profundo odio. Hasta tal punto llegaron las cosas que despues de muchos disturbios y de repetidas querellas, se vió obligada á buscar con sus hijos un asilo en la córte de Oriente (15 de Agosto de 423). Honorio, que en el curso de su largo reinado, jamás habia hecho cosa alguna más que á impulsos de sus lados, no sobrevivió mucho tiempo á su partida. A fin de hacer el pueblo objeto de burla su voluptuosa indolencia, contaba que, la saber la toma de Roma por el enemigo, se mostró inconsolable hasta que se cercioró de que se trataba de la antigua metrópoli del mundo, y no de su gallina favorita, á la cual habia dado este nombre.

Una de sus leyes prohibió el comercio á las personas de elevada clase, no como deshonoroso, sino porque les exponia á hacerse, respecto de los demas, delincuentes de desafueros. Otra permitia á todo el que hallara leones en sus tierras darlos muerte, aunque no cogerlos para traficar con ellos, teniendo más en cuenta la ventaja de los pueblos que los placeres imperiales. Es especialmente digna de atencion otra ley por la cual recomienda que todos los domingos sean llevados los presos á presencia del juez para saber si alguien les ha faltado, y conducidos al baño, y por la cual encarga vigilen las ejecuciones de estas disposiciones los obispos, que se las habian sugerido sin duda. Otra ley preceptua á los obispos tener cuidado de que los esclavos cristianos no sean maltratados cuando regresan á casa de sus amos.

Puede decirse que el paganismo recibió el golpe de gracia en sus tiempos. Arcadio ordenó derribar los templos (13 de Julio de 399), tanto en las ciudades como en las campiñas, y emplear sus materiales en la reparacion de puentes, de grandes carreteras, de acueductos y de baluartes. Despojóse á los ministros de los idolos de todo privilegio (1.º de Noviembre), y se prohibió bajo las más graves penas todo culto supersticioso.

Honorio amenazó por su parte con la pena capital á todo el que sacrificara á los falsos dioses; abolió las rentas de los templos, y destinó á usos públicos estos edificios, castigando á los funcionarios que toleraran los sacrificios, y encargando á los obispos de impedir que fueran celebrados. En su consecuencia fueron demolidos muchos templos; otros fueron consagrados al culto del verdadero Dios, como el de la diosa Celeste en Cartago; edificio notable, que, célebre por la devocion de los fieles, ocupaba con sus dependencias un espacio de dos millas cuadradas.

CAPITULO IX

Los hunos.

Tan extravagantes y escasas nociones se nos habian transmitido acerca de los hunos, que hubieron de excitar la curiosidad de los hombres de sabiduria no ménos que la del vulgo. De Guignes pareció satisfacer este sentimiento y el gusto á la novedad, cuando proclamó en el siglo pasado que los hunos no eran otra cosa que los *yung-nous*, nacion nómada, siempre amenazante, junto á las fronteras de la China, que repelida por aquel punto, se habia lanzado sobre Europa para insultar en ella á Roma, despues de haber desafiado á Pekin.

Su sistema ingenioso sedujo á sus contemporáneos, si bien lo echó por tierra un conocimiento más profundo de los libros originales como contrario al parentesco de las lenguas y á la historia. Fueron derrotados los *yung-nous* cerca de las fuentes del *Irtich* por los chinos (91), y sus restos se encaminaron hácia el Occidente para penetrar en la Sogdiana; pero se les puso estorbo á este designio, viéndose obligados á establecerse al Norte del *Cout-ché* bajo el nombre de *yue-pos*. Posteriormente se adelantaron